

QUE EMPIECE LA FUNCIÓN

SARA MOLINA LEÓN

Colegio Luther King de La Laguna

Sube el telón.

Sentada en el borde de la bañera, con voz dramática y los brazos extendidos, recito los versos: *¿Qué es la vida? Una ilusión.* Me aclaro la garganta y suspiro. Muevo exageradamente el cuello y los hombros. No penséis que estoy loca; solo son ejercicios de relajación para los actores. Finalmente me llevo una mano al pecho y declamo con gravedad: *Ser o no ser, esa es la cuestión.*

Me encuentro en el baño delante del espejo. Me miro en él pero es como si no me reconociera. Soy una estatua, un maniquí sin vestir, el cuerpo desnudo de una muñeca esquelética que parece haber sido diseñado por Leonardo Da Vinci, con las clavículas huesudas y salientes y las rodillas picudas.

Unas pupilas ausentes y espesas me devuelven la mirada que ha rebotado en el cristal. Son mis pupilas, las pupilas de una persona sin alma... Tranquilidad, no os asustéis. Una actriz no debe tener alma, pues solo así puede estar en disposición de recibir el alma de los demás.

No es hasta que me pongo la peluca cuando me empiezo a sentir llena de vida. Soy capaz de moverme acorde al carácter de mi personaje. Me visto con un traje anticuado de color azul marino y me pinto los labios de un rojo carmín que contrasta con mi nueva cabellera del color del carbón. Aunque mi vida pueda parecerle muy triste a algunos, lo cierto es que deberían tenerme envidia: es un juego estupendo ponerte en la piel de alguien que sabes que no eres.

Camino por el pasillo que conecta el baño con otra de las habitaciones de la casa. La acción ahora se desarrolla en un cuarto luminoso que contrasta con la desastrosa impersonalidad del aseo. En la ancha cama que se encuentra al fondo descansa una dama de cabello blanco que espera a que comience la función. *Su* función. Aunque para ella, prisionera de un mundo con solo cuatro paredes, no es en absoluto una fun-

ción, sino una realidad. *Su* realidad. La dama no es del todo una dama; es una anciana normal y corriente, pero yo me encargo de cuidar su aspecto hasta dejarla deslumbrante. Los años han ido espolvoreando su pelo con azúcar; sin embargo, creo que cualquier mujer aún podría sentir envidia de su melena sedosa. No sé con certeza a qué dedicará sus pensamientos ahora que no puede moverse, pero supongo que se limitará a hacer lo mismo que todos los ancianos hacen: recordar y preguntarse qué hubiera pasado si lo hubiese hecho todo al revés.

Mi teatro no tendría sentido sin la dama del cabello blanco. Ella es mi pequeño público. Nos necesitamos la una a la otra irremediabilmente, pues el teatro puede ser de todo menos soledad. Y si es soledad, debe tratarse de una soledad compartida, como la nuestra.

Hace tiempo que la memoria de la dama del cabello blanco se quedó petrificada. Ocurrió justo el día posterior a la muerte de su hija mayor, Verónica; mejor dicho, de *mi* muerte (debo decirlo así, ahora que estoy disfrazada y dentro de mi personaje). Tras el inesperado accidente de coche, la lloramos y la enterramos. Sin embargo, al día siguiente, comprobamos estupefactos que la dama del cabello blanco aún preguntaba por ella, como si nada hubiera pasado. Como si todo siguiese igual. Sus piernas seguían sin moverse; eso no era nuevo, puesto que se había quedado paralítica hacía mucho tiempo. Era su mente la que se había rebobinado dos años atrás. No recordaba la enfermedad ni la muerte de mi tía Silvia, ni el ataque de corazón de Jimena, nuestra vecina y su mejor amiga. Estas no fueron las únicas muertas por las que la dama del cabello blanco preguntó, pero sí fueron las más queridas y las más cercanas. Mi familia trató de hacerla entrar en razón durante unos días, pero yo no soportaba ver las cenizas que se iban depositando en sus ojos cada vez que le descubríamos la cruel verdad. Un día yo dije basta. Y ese *basta* fue el empujón que me metió en el teatro.

Hace mucho tiempo que decidí enredarme en esta mentira. Sí, eso es justo lo que hago todos los días con la dama del cabello blanco, que también es mi madre: contarle mentiras. Pero os prometo que son unas mentiras tan dulces que parecen verdades. Pensadlo bien: en menor o mayor medida todos vivimos engañados; de hecho, una de las mentiras más comunes es esa con la que muchos intentamos engañarnos a nosotros mismos.

Así que pensé que, antes que dejar que mamá se engañara a sí misma, prefería engañarla yo... Y de esa forma ahorrarle molestias y disgustos. Pensé que si ensayaba y me preparaba lo suficiente podría conseguirlo, pues el buen actor es aquel capaz de ofrecer una mentira tan real que todos comiencen a participar de ella.

Compré ropas que creía que mi hermana Verónica, la tía Silvia o Jimena se pondrían. Al principio fue un desastre. Comencé a flirtear con el teatro sin mucho éxito. Las primeras veces que me hice pasar por alguna de las muertas mi madre acababa descubriéndome. Cuando se enteraba de cómo eran las cosas en realidad, las lágrimas comenzaban a caer por su rostro como copos de nieve muerta. Pero yo me propuse mejorar. No todos los actores han sido brillantes desde su primer día, pero todos se han caracterizado desde el principio por ser de una raza indomable y tener el irreprimible deseo de interpretar algo. Yo deseaba con todas mis fuerzas interpretar los fantasmas de las tres mujeres muertas más queridas por mi madre.

Sé que creéis que tanto mi madre como yo estamos locas. Sé que, después de haberos descrito nuestro escenario y presentaros la acción de nuestras vidas, pensaréis que somos unas enfermas que confunden la realidad con fantasías macabras y esquizofrénicas. No me importa nada de eso. Ya querríais muchos tener la capacidad de mi madre para olvidar todo lo doloroso. Ahora sé gracias a ella, la dama del cabello blanco, y al teatro, que lo que llamamos realidad es solo una pequeña parte de ella, pues también las fantasías lo son.

Así que ahora voy vestida con un traje azul, el que era el color favorito de mi hermana Verónica, la otra hija de la dama del cabello blanco. También llevo su tono de pintalabios favorito. Hablo con mamá sin que ella sospeche nada; he aprendido a imitar a la perfección la voz que antaño salía de los labios de Verónica. Ahora que he renunciado a mí misma para hacerme pasar por mi hermana, he averiguado que no soy tan invisible para mamá como yo pensaba. A veces, pensando que de verdad habla con mi hermana en vez de conmigo, me suelta: "Verónica, fíjate en tu hermana Eva, qué lista, qué guapa..."

A parte de enseñarme a conocer mejor a mi hermana, a mi tía y a Jimena, el teatro también me ha enseñado a conocerme mejor a mí misma. Mi teatro es mi sótano. Es una salvación, una venganza.

También me satisface comprobar que el teatro se ha convertido en una prótesis para mi madre, en algo que sustituye una amputación misteriosa que la había privado de su razón.

Después de un rato, me despido de la dama del cabello blanco y regreso al baño a cambiarme de disfraz. A continuación voy a transformarme en la tía Silvia, la más extravagante de las tres muertas y la más difícil de interpretar.

Por la tarde simulo una visita sorpresa de Jimena, la vecina. Es el disfraz que más me cuesta ponerme porque es el disfraz de una mujer vieja, y tengo que dibujar en mi rostro cada una de las arrugas donde se le han ido colgando los años.

Al final del día vuelvo a ser solo yo, Eva, una chica sencilla y muy poco original. Peino la melena de la dama del cabello blanco y veo cómo ella me sonrío con un gesto de lo más inocente. Para mí, ese es el aplauso que recompensa la función que le he ofrecido durante todo el día.

Vuelvo a encontrarme en el baño, delante del espejo. Me miro en él y es como si reconociera a miles de personas distintas en mi propio reflejo. Me parece vislumbrar máscaras burlonas en el cristal. Soy como un mutante, un cuerpo poseído por un sinfín de almas. Dejo la mirada fija en mi reflejo y veo cómo este se va tornando en la bonita cara de mi hermana Verónica, luego en el gesto expresivo de mi tía Silvia y, finalmente, en el rostro grotesco de la anciana Jimena. Respiro hondo e intento mantener la calma. Sé que este pequeño lapsus es el precio que he de pagar por apropiarme de las identidades de las tres muertas. A veces sospecho que por mi culpa no pueden descansar en paz, pero me da igual. Mientras mamá lo siga necesitando, yo continuaré siendo actriz, continuaré poseyendo sus almas.

Con la intención de relajarme repito los mismos ejercicios para actores que hice esta mañana. Elevo los brazos, abro mucho los ojos y susurro delante del espejo: *Hacemos teatro porque a veces la vida no nos alcanza.*

Cae el telón.